

SEGUIMOS ESPERÁNDOTE, SEÑOR

P. José L. Martín Descalzo

¿ Y nosotros, pobres y pequeñas gentes que aún apenas hemos logrado vislumbrar su grandeza? ¿Qué nos queda a nosotros sino volvernos a Él para pedirle que nos permita ver su rostro, conocerle, amarle, seguirle?

Han pasado 20 siglos desde que se fue de nuestro lado. Y nosotros, como la antigua dama cuyo marido marchó a las cruzadas, nos preguntamos a veces si volverá de veras o si se quedó tal vez muerto en cualquiera de los vericuetos de la historia.

Nos llegan a veces noticias de Él. Noticias confusas. Alguien dice que le ha visto, pero no sabe muy bien dónde. No se sabe siquiera con certeza si al que vio era Él o alguien parecido.

Y mientras, los caballeros de este mundo -el poder, el dinero, el egoísmo, el placer- se ríen de nosotros, esposa abandonada, y nos ofrecen sus lechos floridos.

¿Cómo tener el coraje de seguir esperándote? ¡Cuántos trozos de fe y de esperanza perdimos en el camino de nuestras vidas! No es la nuestra una generación creyente como la primera. Tal vez, nos repiten a derecha e izquierda, Tú seas un sueño o un ideal imposible.

Y, sin embargo, nosotros seguimos esperándote, Señor. Absurdamente, quizá, pero apasionadamente. Y es que sabemos que la única llama que queda en nuestro hogar, que ese rescoldo de fe batida por los vientos, certifica aún hoy cuánto te necesitamos.

Y es que sabemos que allá, en el fondo de nuestros corazones, se sigue alzando la misma gran voz de la esperanza de los cristianos: *Marana tha*, es decir, *Ven, Señor Jesús*.

Porque sabemos que Tú vendrás. O quizás no te has ido. Estás detrás del velo de nuestra ciega mediocridad. Quizá basten sólo unos céntimos de fe para comprobar que Tú estás con nosotros. Para descubrir que, a fin de cuentas, sólo hay un problema: saber hasta qué punto te amamos y estamos dispuestos a seguirte.